

ánimo aplicado largo tiempo á cosas serias, pide algun desahogo, y el cuerpo fatigado con el continuo trabajo, necesita de descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no deben ocupar; en usándose con exceso, siempre son perniciosas. Nunca ha de ser la pasion su alma, ni su regla; para ser licitas siempre han de ser cristianas. Seas de la condicion que fueres, nunca emplees ni toda, ni la mayor parte de los dias festivos en jugar y en divertirte. No se pretende prohibir á los oficiales, ni á las demás personas ocupadas en los dias de trabajo, que en los de fiesta ocupen algunas horas en una honesta diversion; pero en todo caso vayan delante las obligaciones del cristiano, y sea respetada la santidad de tales dias.

2 Por lo que toca á las gentes de conveniencias, para la cual todos los dias de la semana son tan desocupados como los de fiestas, es cosa indigna, que si piensan en algun dia de diversion, le reserven para estos, ó para algun domingo. Procura evitar este abuso.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE LA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA. (Véase su historia en las de hoy.)

LA CONSAGRACION DE SAN EUSEBIO, obispo de Verceli, en el mismo dia; de cuyo dichoso tránsito se hace conmemoracion el dia 1.º de agosto; y su festividad se celebra en el siguiente por constitucion del papa Benedicto XIII. (Véase su historia en las de hoy.)

LOS SANTOS MÁRTIRES IRENEO, ANTONIO, TEODORO, SATURNINO, VICTOR Y OTROS DIEZ Y SIETE, en Roma; los cuales padecieron por la fe de Jesucristo en la persecucion de Valeriano.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS FAUSTINO, LUCIO, CÁNDIDO, CELIANO, MARCOS, GENARO Y FORTUNATO, en Africa.

SAN VALERIANO, obispo, en Africa tambien; el cual siendo de mas de ochenta años de edad, en la persecucion de los vándalos intimándole Genserico rey arriano, que entregase los vasos y ornamentos de la Iglesia, se resistió á ello constantemente, por lo cual mandó que solo saliese desterrado de la ciudad, é hizo pregonar que nadie le diese acogida ni en poblado ni fuera de él. Y despues de haber estado mucho tiempo en el camino real á la inclemencia del cielo, acabó la carrera de su santa vida confesando y defendiendo la verdad católica.

SAN MAXIMINO, confesor, en la diócesis de Orleans.

SANTA CRISTIANA, esclava, en Hiberia, al otro lado del Ponto Euxino; la cual por sus milagros convirtió á las gentes de aquel pais á la fe católica en tiempo del emperador Constantino.

LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

LA octava de una fiesta no es otra cosa que el intervalo de aquellos ocho dias seguidos que emplea la Iglesia en celebrar la fiesta de algun santo ó misterio, que se celebra con mucha solemnidad. Estos ocho dias no son sino una continuacion de la misma fiesta, segun el lenguaje de la Iglesia, la misma celebridad, la misma misa, el mismo oficio; y como este último dia es como el sello y la cerradura de toda la fiesta, por eso es casi tan solemne como el primero. Esta religiosa ceremonia la ha tomado la nueva ley de la antigua. El primer dia, dijo Dios á Moisés, hablando de las fiestas que se debian celebrar, será muy célebre y muy santo: no hareis en él obra alguna servil: *Dies primus vocabitur celeberrimus, atque sanctissimus, omne opus servile non facietis in eo.* (Levit. 23.) Ofrecereis holocausto al Señor en estos siete dias. El octavo será muy célebre y muy santo, y ofrecereis un holocausto al Señor, porque es un dia de junta, y no hareis en él obra alguna servil: *Dies quoque octavus erit celeberrimus.* La Iglesia dispensa en este dia octavo por lo que mira á la cesacion del trabajo; mas no por lo que toca á la oracion y á la devocion: aunque la celebridad sea menor, no lo debe ser la devocion interior; y como el dia de la octava es la consumacion de la fiesta, desea la Iglesia que este último dia reuna, por decirlo así, y perfeccione todas las gracias que hubieren recibido en los ocho dias. Así el rey Salomon cuando hizo la dedicacion del templo, no despidió al pueblo hasta el dia octavo: *In die octava dimisit populos.*

El Hijo de Dios autorizó esta especie de solemnidades viniendo todos los años á Jerusalem á celebrar por ocho dias la fiesta de la purificacion del templo y la de su renovacion (*Joan. 10.*); como tambien á la que se llama de los tabernáculos ó tiendas (*Joan. 7.*), á la que no vino una vez hasta la mitad de la octava; y el último dia de la octava, que era el mas solemne, fué cuando Jesucristo dijo en alta voz que si alguno tenia sed acudiese á él, y bebiese; como si hubiese querido darnos á conocer cuán pronto está á derramar sobre nosotros los tesoros de sus gracias en el último dia de la fiesta, y cuán ventajoso puede ser el dia de la octava para los que le celebran con devocion. No se duda que este rito se observa en la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles, como se ve por las Meneas de los griegos.

No hay otras que las grandes fiestas que tengan octava. Las

de la santísima Virgen son demasiado célebres en toda la Iglesia, y sobre todo, la de su inmaculada Concepcion, para que no tenga octava. Es esta demasiado gloriosa para la Madre de Dios, y muy interesante para los fieles, para que no escite la devocion y el zelo de sus hijos; y pues la Iglesia quiere que el oficio de este último dia sea el mismo que el del dia de la fiesta, ¿no es muy debido que en este dia demos á la Virgen el mismo culto y con el mismo fervor?

La conclusion de las mayores solemnidades es, por lo comun, mas provechosa que el discurso de la festividad. Las liberalidades del monarca son ordinariamente mas abundantes y mas fáciles de conseguir en el dia último: las gracias y los favores son quienes coronan y dan fin á los mas plausibles regocijos; y los que se han distinguido mas por su magnificencia y por su zelo, durante la alegría de las fiestas públicas, no piden inútilmente cuando se retiran. Por eso tambien en el último dia de la octava se debe renovar el fervor y la devocion, y multiplicar las súplicas y peticiones.

La devocion á la santísima Virgen está tan autorizada en la Iglesia, que no hay verdadero católico que no reconozca su utilidad, y la mire como una de sus primeras obligaciones. La Iglesia griega y la latina están conformes en este punto, porque el cisma nada ha alterado en cuanto á él. Así en el Oriente, como en el Occidente, se hacen públicas peticiones á la Virgen, se celebran con solemnidad fiestas á honra suya, se consagran templos á Dios bajo su advocacion, se esponen sus imágenes en los altares, y se la invoca en el sacrificio. Nada establece mejor una verdad que esta conformidad de los griegos con nosotros, á vista de la propension que tienen á discordar y apartarse de nosotros. El sentimiento de los Padres griegos, como se ha podido ver, es conforme al de los Padres latinos por lo tocante á la inmaculada Concepcion. La devocion á la santísima Virgen, la confianza en lo que puede con Dios, en su bondad para con los pecadores, en su proteccion, en su misericordia, es de todos tiempos. Unos y otros hemos recibido esta doctrina de nuestros padres por una tradicion constante de todos los siglos desde Jesucristo hasta nosotros. Los griegos del dia de hoy tienen los sentimientos por lo que mira á la devocion de esta santísima Madre de misericordia que tenian S. Atanasio, S. Gregorio Nacianceno, S. Cirilo, S. Juan Damasceno, S. Crisóstomo, S. Basilio; del mismo modo S. Bernardo nos ha conservado y trasgado estos sentimientos como los habia recibido de S. Ambrosio, de S. Agustín, de S. Ildefonso y de los otros Padres de aquellos primeros tiem-

pos. Cuando no tuviéramos otras pruebas de que esta tradicion viene de los apóstoles, sino la fuerza que tenia ya en tiempo del concilio de Efeso; que es decir el año 430, ¿se podria dudar de ello razonablemente? El consentimiento de los sabios, del pueblo, de los santos, de la cabeza de la Iglesia y de todos los prelados que el orgullo, la parcialidad, la cabala, el interés no habian corrompido: el ardor de todos los católicos, no solo en defender el dogma particular de que se trataba, sino en ensalzar tanto mas las grandezas, la santidad y los insignes privilegios de la santísima Virgen, cuanto el espíritu de error las atacaba con mayor malignidad: el zelo en hacer de ella los mas frecuentes elogios, en edificarla templos magníficos; este zelo tan vivo, tan universal, tan constante, ¿podia tener otro fundamento que una tradicion establecida, que cada dia se ha ido fortificando mas, y que no ha sido combatida sino por aquellos que la Iglesia ha arrojado de su seno?

El consentimiento unánime de todas las naciones en honrar con un culto particular á la Santísima Virgen, es tambien una prueba bien sensible de su escelencia y de su grandeza; porque ¿cómo era posible que pueblos tan distantes, de costumbres tan diferentes, hubiesen podido por tantos siglos convenir en este punto, si no hubiesen mirado á Maria como mucho mas elevada por su dignidad y por su mérito que el resto de todos los hombres y ángeles? Los templos consagrados á honra suya en todos los siglos y en todos los paises del mundo, ¿no nos deben empeñar á darla el culto que la es debido?

Jacobo de Valencia, obispo de Cristópoli, esplicando estas palabras: *Beatam me dicent omnes generationes*: todas las generaciones me llamarán bienaventurada, refiere un hecho que muestra la veneracion y aprecio en que los mismos infieles tienen á la Madre de Dios. Cuenta que en el pontificado de Juan XXII un hijo del rey de Armenia vino á Aviñon, residencia entonces de los sumos pontífices. Como su designio era ver todos los ejercicios de la religion cristiana, asistia á todas las ceremonias de religion. El dia de la fiesta de la inmaculada Concepcion asistió á un sermón en que el predicador pareció querer probar que Maria habia sido concebida en pecado. El jóven principe, que tenia un entendimiento muy despejado, y era muy hábil é inteligente, se escandalizó tanto del sermón, que sin aguardar mas se salió de la iglesia con el firme propósito de volverse á su tierra: quiso despedirse del sumo pontífice, quien, sorprendido de una partida tan arrebatada y pronta, le preguntó la causa. Me voy, santísimo Padre, le respondió, porque no puedo aguantar el mo-

do tan injurioso con que he oido hablar públicamente de María; y me atrevo á asegurar á vuestra Santidad, que si hubiese alguno entre nosotros, aunque somos mahometanos, que se atreviera á hablar así de María, sería sin remedio apedreado.

Se asegura que en los archivos de nuestra Señora de Chartres se halla que Prisco, rey de Chartres, mandó hacer cien años antes del nacimiento de Jesucristo la imagen de la santísima Virgen que se ve el día de hoy en la iglesia de nuestra Señora, y que la hizo llevar por los sacerdotes de los galos á la gruta en que hacian sus sacrificios con esta inscripcion: *Virgini pariturae*: á la Virgen que ha de parir; habiendo tenido noticia de este misterio por los oráculos proféticos de las Sibilas. De esta gruta se hizo despues una iglesia por S. Ponciano ó Potenciano, y pasa por la iglesia mas antigua de Francia, dedicada á honra de la santísima Virgen. La iglesia de nuestra Señora del Puy no la cede ni en veneracion ni en antigüedad: la mayor parte de las catedrales de este reino están dedicadas á la santísima Virgen, y el número prodigioso de las otras iglesias, bajo el mismo título, denota bastantemente cuál ha sido en todos tiempos la tierna devocion de nuestros Padres á la santísima Virgen. Se cuentan en sola la ciudad de Roma cuarenta y seis iglesias dedicadas á honra suya; y todos los países del mundo están llenos de antiguos monumentos de esta religiosa piedad para con la Madre de todos los fieles.

¿Qué se debería pensar si se hallasen espíritus siempre dispuestos á hacer nacer dudas sobre las grandezas de la santísima Virgen, y sobre sus mas ilustres prerogativas, ocupados siempre en buscar falsas razones para hacernos sospechoso nuestro culto y nuestra devocion, para desacreditarla y para estinguirla á fuerza de estrecharla? Despues que los primeros hombres de nuestra religion se han agotado, y han empleado todo el caudal de su saber en publicar las grandezas de la santísima Virgen; despues que han perdido las esperanzas de hallar términos proporcionados á la sublimidad de su estado, á la santidad de su inmaculada Concepcion, á la perfeccion incomprendible de su pureza y á la gloria inmensa de su triunfo en la Jerusalem celestial; despues que S. Agustin, en nombre de todos, ha confesado su insuficiencia, y protestado altamente que le faltaban espresiones para dar á la Madre de Dios las alabanzas que le eran debidas: *Quibus te laudibus efferam, nescio*; ¿tendrá alguno atrevimiento de decir que teme escudarse en sus alabanzas? ¿se atreverá alguno á blasfemar de ciertas prácticas y actos de devocion tan religiosos, tan útiles á todos los fieles, tan santos, como son rosarios, escapularios, congregaciones? Es verdad que á proporcion que los fieles

se han pervertido, se ha adelgazado demasiado sobre la simplicidad del culto. La devocion á la Madre de Dios es un medio muy eficaz para conseguir la salvacion, y así no hay que admirar que sea tan combatido por el enemigo de la salvacion. No hay otros que los herejes, que se hayan desencadenado contra la multiplicidad de fiestas que se celebran á honra suya, contra el número infinito de templos y de altares consagrados á Dios bajo su nombre, contra tantas prácticas establecidas por la Iglesia para fomentar nuestra devocion á la santísima Virgen. Vos, santísima Madre de Dios, vos sois el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores, y lo seréis siempre: vos sola habeis triunfado de todas las herejias; apenas se ha formado alguna en el cristianismo que no os haya hecho la guerra; pero no ha habido una que no hayais vos confundido, y de que no hayais triunfado: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

Introduciendo S. Agustin á Jesucristo hablando á los maniqueos, que no querian honrar á la Madre de Dios, le hace decir estas palabras: *Esta que desprecias, maniqueo, es mi madre, y fabricada por mi mano.* Siendo esto así, ¿quién puede dudar que no la haya formado toda pura, toda hermosa, adornada con la justicia original, y con las mas resplandecientes virtudes, enriquecida de todos los tesoros del cielo, y colmada de todas las gracias? *Si hubiese sido manchada con el pecado original cuando yo la formé, yo tambien hubiera podido mancharme naciendo de ella.* De donde debemos concluir, que como este divino Hijo fué quien formó á su Madre, no la negó nada de cuanto podia contribuir á su escelencia, á su perfeccion y á su dignidad. La escogió, dice S. Bernardo; pero formándola él mismo tal como convenia á su honor, á su santidad, á su propia gloria no menos que á la de su madre. ¿Qué bien hubiera parecido que aquella sangre que se unió á la divina, hubiera estado un solo instante manchada con el pecado, y bajo la tiranía del demonio? No era decente que la Madre de Dios estuviese ni aun un momento en desgracia de Dios. Una Virgen escogida para destruir el pecado, de ningun modo debía estar sujeta al pecado. No hubiera sido honra del Hijo de Dios, que el santuario en que debía habitar, sirviese de posada á su principal enemigo. Finalmente, su amor le empeñaba á usar con su Madre de toda su misericordia; y no hubiera usado de toda, si no la hubiera preservado de la caída mas profunda, y del golpe mas mortal, teniendo en su mano el medio infalible y pronto de preservarla. Este medio, felicísima Virgen, era rescataros, no sacándoos del estado del pecado, sino impidiendo el que cayerais en

el: de este y no de otro modo tenéis parte en la redencion del divino mediador que debéis dar al mundo. Este Señor es nuestro salvador, porque rompe nuestras cadenas, y nos saca de la esclavitud; pero lo es vuestro, porque os conservó siempre en una santa libertad. Es nuestro salvador, resucitándonos á la gracia: lo es vuestro, conservándoos siempre la vida de la gracia. Es nuestro salvador, purificándonos; lo es vuestro, eximiéndonos de toda mancha. Finalmente, es nuestro salvador por via de reparacion; y lo es vuestro por via de proteccion. Este segundo medio es tanto mas escelente, quanto la gracia es el bien mas precioso, y el pecado es el mal mas temible. Pero es justo que el cielo os haya privilegiado, formándoos para ser un dia ensalzada á la mas alta dignidad que hubo jamás ni puede haber; y no es menos justo que toda la tierra publique este insigne privilegio, que fué el origen de todos los favores que habeis recibido: es justo que toda la Iglesia honre este primer instante de vuestra vida, en el cual fuisteis mas santa, que todos los santos juntos lo fueron al fin de sus dias: es justo que todos los fieles celebren con una particular devocion y con una singular alegría una fiesta que ha sido el principio de todas las otras; y que sirviendo como de basa á todas las otras gracias de que fuisteis colmada, ha venido á ser tambien como el principio de nuestra dicha.

SAN EUSEBIO, OBISPO.

SAN Eusebio, uno de los mas brillantes ornamentos del orden episcopal, y uno de los mas célebres, mas fuertes y mas zelosos defensores de la fe católica contra los violentos ímpetus de la herejia arriana, fué natural de la isla de Cerdeña, donde su familia era muy respetable y distinguida, tanto por su antigua nobleza, como por sus considerables bienes. Luego que murió su padre, de quien algunos dicen que sufrió una larga y penosa prision por sostener la religion cristiana durante la persecucion del emperador Diocleciano, su madre, llamada Restituta, pasó á Roma con el objeto de que se instruyese el niño en las letras humanas y divinas, á favor del reposo que hizo gozar á la Iglesia el grande Constantino despues de tantas tormentas con que la afligieron los príncipes paganos.

Como Eusebio se hallaba dotado de un ingenio vivo, sólido, claro y penetrante, de un corazón noble y generoso, y de una inclinación como nacida para la virtud, reunidos estos principios con una incesante aplicacion al estudio, hizo en muy breve

tiempo admirables progresos en las ciencias humanas, y mayores en la de los Santos. Incorporado en el clero de la Iglesia de Roma, ascendió por los grados prescritos en los cánones á los órdenes sagrados, y dió á conocer en todas sus funciones el relevante mérito para el que era llamado por Dios en el ministerio sacerdotal; acreditando sobre todo con pruebas prácticas el ardoroso zelo que abrasaba su corazón por la defensa de la fe católica contra la herejia arriana, que procuraba manchar alevosamente el dogma mas sacrosanto de nuestra santa religion.

Cuando vivia Eusebio respetado y aun venerado en Roma por la inocencia de su vida, por sus irreprehensibles costumbres, y por la justificacion de su conducta, dispuso la divina Providencia que pasase á Verceli, ciudad hoy comprendida en el Piamonte, donde luego se dió á conocer por sus eminentes virtudes y por su sobresaliente ciencia. Vacó por aquel tiempo la cátedra episcopal de Verceli, y como los naturales habian concebido tan alta idea de sus relevantes méritos, fué proclamado por todo el clero y pueblo, en términos que viendo los obispos comprovinciales que concurrieron á la eleccion un consentimiento tan general, no tardaron en consagrarle. Solo los arrianos sintieron la promocion de Eusebio, temiendo que condecorado con la dignidad episcopal un hombre de su zelo y de su sabiduria, les haria la mas fuerte guerra. Procuraron estorbarle la entrada en su iglesia, cerrando con violencia las puertas; pero puesto el Santo de rodillas delante de ellas, se abrieron por sí mismas inmediatamente, con cuyo prodigio se acobardaron los herejes.

Colocada aquella brillante antorcha en el candelero de la Iglesia, se portó desde luego con tal justificacion, que el desempeño de todas las obligaciones y cargos del ministerio fué el mayor elogio y mayor crédito del acierto de su eleccion. Seguramente puede decirse, que con su porte verdaderamente apostólico santificó los deberes que exige el Apóstol en los prelados perfectos; y aun se estendió á otras invenciones utilísimas, que fueron reconocidas por efectos de su gran sabiduria y de su ardiente zelo. El P. S. Ambrosio, que ensalza encarecidamente las sublimes cualidades de este insigne prelado, asegura haber sido el primero que reunió en la Italia la vida monástica á la clerical á imitacion de S. Basilio en Capadocia, de S. Agustin en Africa, y de S. Martin en Francia. El santo obispo vivia por sí, y hacia vivir á su clero con una regularidad casi igual á los monges de los desiertos. Ocupándose en santas vigiliás, ayunos, estudio, leccion espiritual, oracion y labores de manos, para lo cual les

juntaba con frecuencia por el día y por la noche, instruyéndoles en máximas saludables para precaverse contra las tentaciones del enemigo común, y para evitar todas las ocasiones de pecar. Bajo esta educación se dejó ver el clero de Verceli como un seminario, de donde salieron muchos ilustres obispos, cuya santidad se debió á la enseñanza de Eusebio, que supo sacar grandes ventajas de aquel género de vida austera para soportar mas fácilmente las persecuciones que tuvo que sufrir en lo sucesivo.

Habia penetrado el arrianismo hasta el Occidente, despues que asoló casi toda la Iglesia oriental. Engañado el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, de su mujer infecta con la peste de aquella herejía, se declaró protector de la impiedad con tanto empeño, que por defenderla persiguió á la Iglesia tan cruelmente como pudieran los príncipes paganos mas enemigos del cristianismo. Encendido Eusebio en un zelo ardiente y generoso por la defensa de la divinidad de Jesucristo, que era el punto de la reñida controversia entre los católicos y arrianos, no satisfecho con mantener á sus ovejas en la firme creencia del dogma católico, no cesaba de declararse contra el error, por lo que era tenido por uno de los mas formidables enemigos del arrianismo. Afogado al papa Liberio con el mal suceso del concilio celebrado en Arlés en el año 353, donde su legado Vicente de Capua habia cedido á los arrianos, eligió nuevos legados para con el emperador Constancio, á fin de obtener de este príncipe el permiso para la convocacion de otro concilio, donde se terminasen las sangrientas disputas que turbaban la paz y la tranquilidad de la Iglesia. Como la corte estaba en Milan, escribió el papa á Eusebio, que no estaba distante, á fin de que uniéndose con los nuevos legados, interpusiese su autoridad y su respeto para con el emperador en tan importante negociacion, recomendándole la defensa de la fe católica, y la de S. Atanasio ausente, de quien proseguian la condenacion los arrianos contra todas las leyes. Aceptó Eusebio la comision en los términos que le prevenia el papa; y sin reparar en el eminente riesgo á que esponia su vida para con un príncipe implacable enemigo de los católicos, le persuadió con tanto zelo y nerviosa elocuencia la necesidad del concilio para pacificar á la Iglesia, que con efecto logró de Constancio el que se convocase en Milan á fines del año 355.

Aunque concurrieron pocos orientales al concilio, conociendo Eusebio por el estado de las cosas que los herejes serian señores de la asamblea, auxiliados de Constancio, se retiró á su

iglesia bajo el supuesto de quedar en el sínodo los legados apostólicos. Deputó el concilio dos obispos, rogando al Santo que asistiese, y le escribió una carta firmada de treinta prelados, todos famosos arrianos, exhortándole á entrar en sus resoluciones dirigidas á la paz de la Iglesia. Tambien le escribió el emperador suplicándole abrazase el dictámen de aquellos obispos; y asimismo le instaron los legados apostólicos, estrechándole á venir para que con su autoridad y su gran sabiduría pudiese disipar los artificios de los arrianos, y resistir á Ursacio y á Valiente, caudillos de la impiedad.

Condescendió Eusebio en pasar al concilio; pero antes previno al emperador y á la asamblea por dos cartas, en las que le decia, que solo haria lo que le pareciese justo y agradable á los ojos de Dios. El espíritu y generosidad de sus respuestas sobresaltó tanto á los herejes, que cuando llegó á Milan le impidieron por espacio de diez días el que entrase en la iglesia donde se tenian las juntas sinodales. En fin, asistió al sínodo, y habiendo propuesto los arrianos que suscribiera á la condenacion de S. Atanasio, respondió, que para pasar á este acto era preciso antes que todos suscribiesen el símbolo del concilio Niceno, pues estaba cierto de que en la asamblea se hallaban algunos obispos infectos con la herejía condenada en aquel concilio general. Opúsose Valiente de Murse, é indignado el pueblo de un procedimiento tan injusto, se puso de parte de Eusebio, y de los que sostenian un principio tan indispensable; pero temerosos los arrianos de que este suceso les impidiese el manejo del negocio, trasladaron el concilio á la capilla de palacio por orden del emperador que quiso presidir la desordenada junta. Hizo venir Constancio á ella á los obispos católicos, para obligarles con su autoridad á que firmasen la condenacion de S. Atanasio; y aunque algunos débiles poseidos de una infame cobardía condescendieron con una resolucion tan inicua, revestido Eusebio de aquella fortaleza y de aquel valor que constituye el carácter de los varones apostólicos, resistió con los legados apostólicos providencia tan injusta, representando que, además de ser pública la inocencia de S. Atanasio, contestada por sus mayores enemigos, que lo eran Ursacio y Valiente, prohibian las leyes condenar al ausente sin ser oido.

Ofendido el emperador de esta justa resistencia, amenazó á Eusebio y á los legados con el último suplicio, y concibió tal enojo, que llegó su cólera al extremo de sacar contra ellos la espada, bien que se contuvo condenándolos á destierro, cuyo atentado causó un sentimiento universal á todo el orbe católico.

Contristado el papa Liberio de aquella desgracia, escribió al Santo para felicitarle por su constancia, elogiando el ejemplo de fortaleza que habia dado á todos los obispos, recomendable en todo el mundo cristiano. Cupo á Eusebio por lugar de su destierro Sintópolis, donde cayó bajo el poder de Patrofilo, uno de los mas crueles arrianos, que le hizo sufrir los tormentos y las penalidades que pudieran inventar los gentiles mas enemigos del cristianismo; llegando su inhumanidad al extremo de no suministrarle cosa alguna de alimento por muchos dias, á fin de que muriese de necesidad. Pero Dios templó estos rigores con algunas consolaciones. Su Iglesia le envió á visitar por el diácono Siro y por el exorcista Victorino, los que le llevaron cartas llenas de amor, y le condujeron limosnas para el socorro de sus necesidades; de lo que ofendidos los arrianos, le sacaron del alojamiento que ellos mismos hicieron le señalasen los agentes del emperador, y con la mayor violencia é indignidad le encerraron en un estrecho aposento, donde abandonado á las mas crueles necesidades, concurrían á ciertas horas los herejes á redoblar los castigos y malos tratamientos que le hacían sufrir; entre los cuales era uno arrastrarlo de alto á bajo por una escalera muy pendiente, añadiendo á esto la prohibición de que viniesen á darle algun consuelo los presbíteros y los diáconos. Entonces fué cuando el Santo hizo contra aquellos impíos una especie de protesta, en la que despues de haber reprendido sus violencias, les declaró que no comería ni bebería, si no le prometían con juramento y por escrito que no impedirían á sus hermanos venir á verlo, y suministrarle el alimento preciso; añadiéndoles que en otros términos publicaría y escribiría á todas las iglesias su tiranía, para que supiese todo el mundo el carácter de los arrianos, y cuanto hacían padecer á los católicos.

Volvieron los herejes al lugar de su primera habitacion á Eusebio, donde el pueblo edificado de su sufrimiento le recibió con tales demostraciones de júbilo, que rodearon su alojamiento con lámparas encendidas; de lo que irritados los arrianos, acompañados de una multitud de esceleratos, se arrojaron sobre el Santo, y despues de muchos golpes, injurias y malos tratamientos, le llevaron arrastrando á una dura prision. Tambien encarcelaron á otros sacerdotes y diáconos del partido de Eusebio, los que desterraron de su propia autoridad á diversos lugares; y cometieron la temeridad de poner en prisiones públicas á muchas personas seculares, y mujeres religiosas que se declararon á favor de la inocencia del injustamente perseguido. Mientras causaban los herejes semejantes violencias, se mantuvo el

santo obispo sin comer seis dias por no tomar cosa alguna de sus sacrilegas manos, de suerte, que asustados por una parte sus enemigos de verle muy cerca á morir desfallecido, y aterrados por otra con los gritos del pueblo que les amenazaba, se vieron obligados á dejar en libertad á un familiar del Santo para que le asistiese.

Finalmente, libre Eusebio de tan execrables insultos por la interposicion de algunas personas piadosas, se le dejó en casa de cierto señor poderoso, donde concurrieron á visitarlo muchos sugetos visibles condolidos de su desgracia; de lo que concibieron tanta emulacion los arrianos, que solicitaron se le mudase el lugar de su destierro, enviándole á Capadocia. Pero notando que allí no se le trataba con la dureza que ellos querían, por último le desterraron á la inferior Tebaida por bajo de Egipto, donde se mantuvo padeciendo indecibles trabajos hasta la muerte de Constancio, que sucedió en el día 3 de noviembre de 361.

Juliano, sucesor de Constancio, dicho el Apóstata, quiso señalarse en los principios de su imperio en la piedad para con todos los obispos desterrados por su antecesor; con cuyo motivo salió Eusebio de la Tebaida, y pasó á ver á S. Atanasio para deliberar con él sobre los negocios de la religion, como lo hicieron ambos en un concilio que se celebró por entonces en Alejandría. Tambien se interesó Eusebio en la reunion de la Iglesia de Antioquia que estaba dividida entre los que obedecían á S. Melecio, y los que se llamaban eustatianos, que rehusaban reconocerle por legitimo prelado, acreditando con todos los que se opusieron á la reunion su valor y fortaleza apostólica.

Penetrado del mas vivo dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaban las iglesias del Oriente, en las que no se oían mas que escándalos, cismas, perfidias y nuevos errores, todos efectos del protegido arrianismo, que de tal manera habia desolado la viña del Señor, que apenas habian quedado en ellas unas débiles señales, é imperceptibles reliquias de la religion católica; las visitó por comision del papa Liberio, y en todas se vieron los gloriosos frutos de su zelo apostólico, de su gran sabiduria y de su consumada prudencia, confundiendo siempre á todos los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, que no pudieron resistir al espíritu de Jesucristo que animaba el de Eusebio. Concluida esta penosísima expedicion, habiendo dejado en todas partes zelosos y sabios ministros católicos, capaces de oponerse al poder de la herejía, tomó el camino para su Iglesia, siendo reci-

bido en todos los pueblos por donde hizo tránsito como un glorioso defensor de la divinidad de Jesucristo, que volvia cargado de laureles, triunfante de tantos enemigos.

Ya se deja discurrir con qué alegría, con qué triunfo y con qué veneracion seria recibido de sus ovejas aquel nunca bien ponderado pastor, por cuya vista suspiraban incesantemente. Restablecido en su silla, no se contentó con que floreciese en su diócesi la pureza de la fe, la disciplina eclesiástica, y la justificación de las costumbres relajadas con motivo de su ausencia; los efectos de su zelo siempre infatigable y siempre activo, se comunicaron á otras provincias inficionadas con el arrianismo, persiguiéndolo hasta sus mas fuertes trincheras. Finalmente las iglesias del Occidente experimentaron las mismas utilidades que las de Oriente; por lo que los obispos de Italia y otros latinos, comprendiendo lo que Dios habia hecho por el ministerio de su fidelísimo siervo, por quien arruinó el imperio de la herejía, y confundió vergonzosamente á sus protectores, le felicitaron con los mas altos elogios, y le enviaron copias de las suscripciones, por las que condenaban los decretos del concilio de Rimini, y hacian profesion de seguir inviolablemente la fe ortodoxa definida en el general de Nicea.

Despues de estas laudables empresas no sobrevivió Eusebio mucho tiempo, pues se cree que murió lleno de triunfos y merecimientos el año 370. Algunos han escrito que los herejes arrianos quitaron la vida á este insigne obispo, por lo que es calificado de mártir en el Martirologio romano; bien que otros no le dan este título, solo si el de ilustre confesor, aunque nadie duda lo mucho que padeció por los herejes. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de S. Teonesto ó Teognesto que él habia hecho construir, la cual se llamó despues de S. Eusebio; quien habiendo escrito mucho sobre la defensa de la fe católica, no nos quedan de aquellos preciosos monumentos sino unas cartas que se hallan al fin de las ediciones de S. Hilario. También se le atribuye una version latina de los Evangelios, que se imprimió en Milan en el año de 1748, pero se duda si esta sea obra del Santo.

SAN URBE, CONFESOR.

SAN Urbicio, comunmente llamado S. Urbe, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en el obispado de Huesca, que fué el teatro de su prodigiosa vida, nació en Burdeos, ciudad principal del reino de Francia. No nos consta quien fué su pa-

dre, del que quedó huérfano en sus mas tiernos años; pero sabemos que fué su madre una señora de mucho mérito llamada Asteria, que si bien distinguida por su calificada nobleza, y por la particular instruccion que tuvo en las letras griegas y latinas, lo fué mucho mas por sus virtudes cristianas. Crió á Urbe en el sólido principio del santo temor de Dios, y correspondiendo fielmente á su buena educacion, fué su infancia un preludio de su santidad futura.

Cuando la madre y el hijo vivian en Burdeos dedicados enteramente al servicio del Señor, entraron en la Aquitania los moros, dueños de la mayor parte de España, y no satisfechos con los enormes estragos que hicieron en la irrupcion, cautivaron á no pocos cristianos, y entre ellos á Asteria y á Urbe, siendo este de edad de unos catorce á quince años. Sintieron ambos aquella desgracia; pero resignándose con la voluntad de Dios que así lo permitia, sufrieron con inalterable paciencia el pesado yugo de la esclavitud. Consiguió Asteria su libertad pasado algun tiempo, y dejando á su amado hijo en el cautiverio, se ausentó á su patria no con otro fin que el de proporcionar los medios para su rescate. Hizo cuantas diligencias le fueron posibles; mas no habiendo producido el efecto deseado, recurrió al Señor con fervorosas oraciones y con rigurosos ayunos, rogándole que se dignase conceder libertad á su amado hijo.

Vivia Urbe en el cautiverio sirviendo á sus amos no por temor sino por conciencia, segun la prevencion de S. Pablo, portándose en todo con tanta fidelidad y con tanta alegría, como si gozase la suerte de un ingenuo y no de un esclavo; pero como sus deseos no eran otros que ocuparse enteramente en el servicio del Señor, pedia á Dios de continuo que le diese libertad, poniendo por intercesores á S. Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá de Henares, á quienes profesaba una devocion singularísima. Consiguió en efecto la apetecida libertad, y reconociéndola debida á la poderosa mediacion de los santos niños, pasó inmediatamente á Alcalá á dar á sus bienhechores las gracias por tan grande beneficio. Hallábase aquella ciudad en poder de los mahometanos, y penetrado el corazon de Urbe del mas vivo dolor, al ver espuestas á la profanacion de los bárbaros las santas reliquias de aquellos dos recomendables héroes que dieron tanto honor á la religion de Jesucristo, esperando ocasion oportuna, hizo el piadoso robo de los cuerpos de los ilustres niños, llevándolos á su patria con toda la posible cautela, no separándolos jamás de su vista.

Mantúvose Urbe algun tiempo en Burdeos en compañía de su